

ticas del monismo, dedicaremos la sexta parte al dualismo del concepto aristotélico del mundo.

Así tendremos ocasión de entrar por la senda que, partiendo del estudio racional de los hechos ó efectos naturales, dirija al entendimiento humano al conocimiento de Dios, y presente la explicación de la más interesante de las cuestiones: "¿Para qué fin ha sido puesto, y realmente vive el hombre en este mundo?,"



## PARTE PRIMERA

### LA RAZÓN DE SER DE LA FILOSOFÍA NATURAL

#### CAPÍTULO PRIMERO

La razón de ser de la filosofía natural, puesta en tela de juleco por físteos y naturalistas

##### §. I.

Dos corrientes: especulativa monística y empirismo.

§. Si ahora fijamos la atención en la idea que la ciencia de la naturaleza, por boca de sus representantes y maestros, nos da de la esfera de su actividad, de la extensión de sus dominios, y de su razón de ser, echaremos claramente de ver que las opiniones se suceden siguiendo dos direcciones diferentes. Para muchos, la ciencia de la naturaleza no debe de ningún modo contentarse con el examen, clasificación y esclarecimiento de los fenómenos naturales, sino debe penetrar con el pensamiento especulativo hasta el fundamento de ellos, á fin de constituir sobre el terreno de la naturaleza misma la filosofía del Universo; otros, por el contrario, concediendo únicamente valor á los objetos percibidos por los sentidos, y menospreciando todo género de especulación, no conocen más que cuerpos y propiedades de cuerpos: estos mismos llaman *trascendente* á todo lo que sobrepuja los sentidos, y á la trascendencia la consideran con BÜCHNER como un extravío del espíritu humano, y añaden que la simple explicación de los fenómenos naturales es suficiente para dar un concepto acabado de la naturaleza y de la vida. Aunque en no pocos puntos ambas opiniones han llegado á mezclarse y confundirse, todavía de sus conceptos respectivamente más salientes se han originado dos sistemas que pugnan entre sí. Una de estas dos tendencias es seguida por los dinamistas, por los naturalistas, y señaladamente por la

escuela de Darwin-Haeckel, que sólo contempla los fenómenos bajo el punto de vista de la teoría de la evolución; y la segunda, por E. DU BOIS-REYMOND, R. VIRCHOW y otros naturalistas de primer orden, los cuales se distinguen con el nombre de empiristas<sup>1</sup>. Estos son, al decir de los primeros, los más formidables adversarios de aquella primera tendencia y opinión<sup>2</sup>.

9. Como la cuestión sobre la posibilidad de una filosofía natural, ó explicación metafísica de la naturaleza, se ofrece desde luego en el principio de esta obra, debemos declarar ante todo que estamos muy lejos de los partidarios de la segunda de dichas direcciones, ó sea de los empiristas.

Aquí hemos de habérmolas, como dice A. WIGAND, no sólo con un aventurero que toma la licencia del ejército regular para poner por obra sus proyectos, y que sostiene de plano, con orgullosa tenacidad, que todos los problemas acerca de la naturaleza pueden ser resueltos mediante la investigación de los fenómenos naturales, ó que al menos están en vías de solución, por supuesto sin alegar otras pruebas sino el suponer que existe un mundo sacado por la imaginación de las nieblas primitivas, ó de no sé qué fuerza imaginaria, ó el organismo formado de la materia ígnea, ó del agua, ó de la arena, ó del aire, ó derivar el espíritu de las funciones del cerebro, ó la serie imaginaria de filiaciones de las cosas: no, tenemos que habérmolas con un ejército regular imponente que, invocando á cada paso los límites de nuestra facultad de conocer, procede con paso lento y seguro á la exacta investigación y conquista del reino de los fenómenos.

Estos naturalistas sostienen que todo aquello que sobrepuja á nuestro conocimiento sensitivo, y no puede ser naturalmente contado ni medido, se halla fuera del alcance de nuestra ciencia: *ignorabimus*; que todo el humano entendimiento está circunscrito por los límites del mundo de los fenómenos que perciben ó pueden percibir los sentidos; que más allá de estos límites, ó por bajo de estos objetos, todo es del resorte de la poesía y de las fantasías "religiosas," y finalmente, que sería pura arrogancia decir que podemos conocer cosa alguna suprasensible.

<sup>1</sup> KANT empleó en otro sentido el nombre *empirista*. Cuando en el último capítulo de su *Crítica de la razón pura* probó á deducir la pluralidad de sistemas de la diferente dirección de las ideas, entonces distinguió con respecto al origen de los conocimientos de la razón pura á los *noologistas*, que ponen, con PLATÓN, en la razón la fuente única de aquellos conocimientos, de los *empiristas*, que los derivan, con ARISTÓTELES de la experiencia. Como KANT, así SCHELLING y otros. Hoy se usa más comunmente de dicha palabra en el sentido que hemos adoptado en el texto.

<sup>2</sup> Puede observarse con extrañeza, dice FR. VON HELLWAG, en la Revista neoschística *El Cosmos*, hablando de VIRCHOW, que los más peligrosos enemigos del modernismo no son los ultramontanos y ortodoxos, sino otros, que militan en el campo del liberalismo, del progreso y del libre examen. (N. 4 Noviembre de 1877.)

He aquí las palabras con que puso término Tyndall á cierto discurso suyo acerca de la materia y la fuerza: "¿Os acordáis, señores, de aquella pregunta que hizo Napoleón á los sabios que iban con él en la famosa expedición á Egipto, cuando después de haberles oído hablar del origen del mundo, mirando él á las estrellas, les dijo: "Muy bien habláis, señores; mas decíme: ¿quién ha hecho todo esto? ". A esta pregunta no se ha dado todavía respuesta, y la *ciencia por su parte no se propone dársela*. En mi sentir, la razón humana carece de virtud bastante para la solución de este problema, del todo superior á nuestras fuerzas<sup>1</sup>. Hasta aquí Tyndall.

"¿Quién ha hecho todo esto? " Este problema se presenta constantemente á nuestros ojos; ¿hemos de renunciar á resolver la cuestión que resuelve todas las cuestiones? ¿Habremos de esperar su solución de la fantasía y del sentimiento poético? El mismo naturalista ya citado añade en su discurso, pronunciado en Londres: "Al poeta le está encomendado restablecer después de largo tiempo el manantial desecado por la Teología. Del poeta tenemos derecho á esperar que enaltezca y aclare el concepto de la vida, cuya explicación necesitamos; él debe ser el intérprete de aquel poder que, como Jehová, Júpiter ó el Señor, llena y confirma el corazón humano<sup>2</sup>."

No creemos ciertamente pecar de exagerados diciendo que casi todos los físicos y naturalistas más circunspectos de nuestros días, entre los que no profesan la fe católica, bajan la cabeza ante esa fórmula de Tyndall. Allí donde acaba la ciencia de la naturaleza, allí, dicen, empieza la fe, por la cual entienden el acto de pensar y fantasear según las disposiciones personales de cada hombre. Frente por frente de la luminosa esfera que recorre el sabio investigador del universo, se oculta, dicen, el reino del sentimiento y de la aspiración. "Cuando el hombre," decía el profesor DE NÄGELI en una reunión de naturalistas habida en Munich, "intenta ir más allá de los límites de lo finito, todo lo más que consigue, es engreirse á sí mismo hasta hacer de sí un ídolo ridículamente adornado, ó degradar las cosas eternas y divinas con las creaciones monstruosas del espíritu humano. Aun los ingenios ya maduros y dispuestos á formar conceptos rigurosamente científicos, sólo podrían formar de la divinidad, que ellos quisieran hacer libre de todo límite y mudanza, una especie de rey constitucional, que (como dice un hombre de Estado poco ha en ejercicio) reina, pero no gobierna. En el mundo finito reinan inmutablemente las eternas fuerzas de la naturaleza cuyos efectos reconocemos como leyes del

<sup>1</sup> Fragmentos, pág. 10.

<sup>2</sup> 1. a. v. pág. 126.

movimiento y de las mutaciones sensibles. Si estas fuerzas están ordenadas, y cómo lo estén, á un fin constante y conocido por toda la eternidad, cosa es que excede á nuestra facultad de conocer.

## §. II

### Límites de la ciencia de la naturaleza

10. Para entender con entera claridad que el hombre puede llegar naturalmente con la luz de su entendimiento más allá de los límites que han sido trazados á la ciencia de la naturaleza (tomada en su sentido usual); que sobre esta ciencia está la *filosofía natural*, adornada con las dotes de verdadera ciencia al alcance de todo espíritu racional, y que sobre esta misma filosofía existe la Metafísica pura, es decir, el conocimiento puramente intelectual de las cosas suprasensibles, propio asimismo del espíritu humano; para entender esto, repetimos, habemos de representarnos, con los límites que por todas partes le rodean, el campo por donde se dilatan los dominios de la ciencia de la naturaleza.

No menos erróneo que ofensivo para esta última ciencia sería, sin duda alguna, decir que la ciencia de la naturaleza debe limitarse á representar históricamente, y como quien simplemente los describe, los fenómenos naturales. Esta, más bien que *ciencia*, debería ser llamada *historia* de la naturaleza, la cual considera los hechos ó fenómenos individuales, cuando más, como preliminares de su peculiar estudio y consideración<sup>1</sup>.

La ciencia que trata de la naturaleza, partiendo de la exacta observación y de las experiencias repetidas lo más posible, debe representarnos, mediante la aplicación y ejercicio de todas las operaciones del entendimiento y de la inducción, el nexo y armonía de los hechos naturales con las leyes que los moderan. Lo primero, cuando esta ciencia considera lo que en las cosas hay de externo y perceptible directamente á los sentidos según que se cuentan y se miden, llámase *Matemáticas*. Órgano es en este punto A. RIEHL de la opinión general, cuando dice que "la ciencia exacta de la naturaleza está obligada por ley de la Metodología á considerar solamente una parte de la realidad, aquella precisamente que está sujeta al cálculo y á la medida<sup>2</sup>". "El postulado lógico, añade, que exige el método para medir y contar, es la igualdad de las cantidades. Por consiguiente, la investigación científica teórica debe prescindir de las diferencias cualitativas de los cuerpos, y considerar únicamente las propiedades mecáni-

<sup>1</sup> *Scientia naturalis*, dice el BRATO ALBERTO MAGNO, non est simpliciter narrata accipere, sed in verbis naturalibus inquirere causas. Opp. tom. 2 de miner.

<sup>2</sup> *El Cristianismo filosófico* (en alemán) Leipzig.—1879. II. pág. 80.

cas comunes á todos ellos... Según esta manera de abstracción, el mundo de las ciencias exactas naturales consta de puntos reales ó moléculas, con meras formas de propiedades, cantidad, figura, y una manera abstracta de acción, es á saber, el movimiento. La materia del cálculo y de la medida, la materia de la física teórica, es, pues, un mero *abstractum* de materia.. Ahora, luego que la ciencia de la naturaleza mediante el conocimiento del número, medida y extensión corpórea, se hace cargo de las relaciones cuantitativas, sigue á este conocimiento científico el de la conexión causal de los fenómenos naturales, el conocimiento de las leyes de la naturaleza, según las cuales son producidos los fenómenos. Y fundándose en estas leyes claramente conocidas, la misma ciencia se dispone al conocimiento de hechos naturales hasta entonces desconocidos. La dependencia de esta ciencia de la filosofía (hablamos de la ingénita ó natural), en razón de recibir de ella en calidad de concepto necesario, objetivo y universal, el principio de causa así como los demás principios, es común á esta ciencia con todas las demás. Porque toda ciencia, según la doctrina de Aristóteles, reconocida por todos, consiste en considerar las cosas pertenecientes á su respectivo objeto, según la relación de causa y efecto. El espíritu vital de toda ciencia es pues aquel principio de inmutable y universal valor, según el cual todo lo que acaece, debe de tener alguna causa. Según esto, la ciencia de la naturaleza no se limita á reunir materiales científicos por medio de la observación, de la descripción, de los experimentos, y en general fijando con precisión y claridad los hechos, sino además calcula, más todavía, *piensa* acerca de lo mismo que ha observado, y calcula á fin de explicarnos los fenómenos según su conexión causal, y poner de manifiesto las leyes universales bajo las cuales percibimos las cosas naturales que se nos ofrecen, y juntamente la armonía que en ellas reina.

11. Podemos, según esto, formular plena y adecuadamente el oficio de la ciencia de las cosas físicas y naturales, diciendo, que se propone referir con la mayor exactitud todos los fenómenos naturales á los conceptos de cantidad, en la que se contienen la medida, número, peso y movimiento, y reducir á cálculo también las cualidades en cuanto es posible por razón de su intensidad. Sería, no obstante, reducir injustamente los límites de esta ciencia entendiéndose lo dicho de manera que hubiera de limitarse á la conexión causal que tienen entre sí los fenómenos de la naturaleza; porque ¿con qué razón se niega al que investiga las cosas naturales, el derecho de explicarnos en qué casos se halla éste ó aquel fenómeno en una relación *final*? Pero aquí tocamos un punto que sólo tocar podemos: más tarde lo habremos de exponer con mayor

precisión. Ahora solamente decimos, que el estudio de la naturaleza nos debe explicar en lo posible el enlace y ordenada combinación de los fenómenos, no solamente en orden á su cualidad mecánica, sino en orden también á su conveniencia con el bien y conservación del universo; lo cual no quiere decir que entramos aspectos del hecho natural, á saber, su ejecución mecánica y su impulso teleológico ó final, exijan siempre igual grado de interés del investigador de la naturaleza; antes puede decirse que su ciencia se atiene próxima y directamente á lo que más domina en los fenómenos.

“La ciencia natural, dice A. Nauman en el principio de su *Tratado de Química*, pone por fundamento á las percepciones de los sentidos la *materia*, que se presupone invariable, y busca las causas de los fenómenos naturales en los diferentes movimientos de la materia., En Física y Química, el elemento mecánico está más en la superficie; en las ciencias biológicas, por el contrario, el elemento teleológico ocupa el primer término. Si este último es hoy día enteramente ignorado, y aun negado, buscándose exclusivamente y en todas sus fases las huellas de la acción mecánica, en cambio nosotros, lejos de ver en esto la recta inteligencia del tema que nos ocupa, sólo vemos una idea mezquina forjada de intento contra toda razón científica en provecho de una preocupación. Nadie osará decir que Starwey no se condujo como excelente investigador cuando descubrió la circulación de la sangre fijándose en el *fin* á que se ordenan las pulsaciones en las venas; ni á Cuvier ha negado tampoco nadie maravillosa habilidad, porque haciendo uso de *argumentos teleológicos* acertó á construir con un fragmento de un hueso fósil todo un organismo animal.

12. Después de esto, pocas palabras bastan para significar que la ciencia de las cosas naturales posee, dentro de los límites que circunscriben sus dominios, todas las dotes de verdadera ciencia: ella nos da á conocer los hechos en la conexión de causas y efectos; ella resuelve los efectos compuestos en sus factores indivisos, y agrupa los últimos en leyes más ó menos generales. Con el auxilio de todas las potencias intelectuales esta ciencia desprende de los fenómenos individuales lo universal, y se llega al conocimiento de la armonía y uniformidad que resplandecen en medio de la sucesión. De esta suerte le es concedido á dicha ciencia derramar luz sobre cosas oscuras y desconocidas. Así, por ejemplo, cuando tiramos á lo alto una piedra con diferente velocidad y en dirección diferente, y en cada caso se nos ofrece una curva también diferente, recorrida por el móvil, la mecánica analítica nos enseña á reducir todos los fenómenos de esta clase á la resistencia y á la fuerza de la atracción. Aunque la resistencia y la atrac-

ción no sean conocidas en su esencia, no por esto deja de haberse así disminuido notablemente el número de los fenómenos sepultados en las tinieblas. Así como es propio oficio de la Física el llegar á entender mediante la comparación de los fenómenos individuales el modo y manera como llegan á parecer, y después comprenderlos según tales modos debajo de leyes generales, así procura la Química, comparando el modo y manera como se unen entre sí los diferentes elementos materiales, y como se resuelven en ellos los compuestos respectivos, descubrir las propiedades de la materia y las leyes que presiden á sus fenómenos. Pues cuando estas dos disciplinas se dejan guiar en este momento principalmente por el deseo de buscar y poner de manifiesto en todos los fenómenos su aspecto mecánico, y consignar los estados de movimiento que en ellos dominan, nosotros no podemos menos de conceder á ese deseo un carácter verdaderamente científico. Esto equivale á explicar los hechos de la naturaleza por razones mecánico-materiales, y proceder de lo particular á lo general. Lo mismo debe decirse de las otras ramas de la investigación científica. Cada una de ellas se esfuerza á presentarnos sobre una clase de fenómenos naturales, después que los hemos llegado á conocer exactamente por medio de los sentidos, la correspondiente teoría, valiéndose para esto de conceptos racionales, y á descubrir por aquí la íntima conexión y armonía de los hechos que exteriormente se presentan.

13. Con este criterio resultan empero señalados los límites de la ciencia de la naturaleza en cuanto esta ciencia es simplemente tal, y no verdadera filosofía. Y á la verdad, nosotros pensamos en los límites que hay en la misma naturaleza de las cosas. Hay además otros límites, pero estos son contingentes. Los límites *esenciales* los representa la *fenomenalidad*. Lo que “es”, pertenece á la jurisdicción del físico en razón únicamente de comparacer en el fenómeno, ó sea en cuanto posee momentos que pueden ser en sí mismos objeto de la percepción sensitiva. Como investigador científico de la naturaleza, el físico se limita á conocer y presentar los fenómenos según la dependencia que tienen unos de otros. Ahora bien: el investigador científico, como tal, es, francamente hablando, una abstracción; el investigador *realmente existente* es siempre algo *más* que investigador; aunque de todos modos, siempre resulta inconcuso que todo lo que hay debajo de los fenómenos no se puede adjudicar á la ciencia de la naturaleza, tomada en su sentido riguroso.

Ahora podemos ya ventilar la cuestión de si el conocimiento y el saber se deben limitar y contener dentro de la esfera propia de las ciencias físicas y naturales.

## §. III

La tendencia del espíritu humano al conocimiento científico, y la investigación de la naturaleza

14. Considerada la ciencia de la naturaleza en sus aplicaciones prácticas á las necesidades de la vida terrena, no hay duda sino que la investigación de las causas en el estudio de las cosas naturales, tal como la hemos caracterizado, debe de bastar al espíritu humano. Moviéndose éste únicamente dentro del círculo de los fenómenos naturales, llega sin duda al conocimiento de las leyes de la naturaleza, y este conocimiento de las leyes de la naturaleza le proporciona ciertamente el dominio y señorío que le conviene ejercitar sobre ella para utilizarla en pro de los intereses materiales de la vida.

¿Pero se dirá lo mismo cuando miramos á la facultad de conocer que posee el hombre, considerada en toda su amplitud? cuando ponemos los ojos en la parte suprasensible del *hombre* mismo, de la que el naturalista investigador no se puede desprender? ¿Acaso los límites de la ciencia de la naturaleza sensible, son límites también de la naturaleza humana? Para responder á tales preguntas no valen discusiones; basta considerar la realidad. La historia del linaje humano, así como la vida de todo hombre pensador, dice claramente que la capacidad y la tendencia del hombre en orden al conocimiento, no pueden satisfacerse ni limitarse por el de las leyes que presiden al mundo de los fenómenos visibles. La naturaleza humana, manifestada en sus más nobles actos, ofrece en este punto los más imponentes testimonios contra semejante limitación. Aunque haya investigadores que escudriñando en este ó aquel rincón del mundo fenomenal, donde hay tantos laberintos, no adviertan ese vacío, y por ventura ignoren el reino entero de las cosas que puede conocer el espíritu humano; y por más que muchos se hallen muy á gusto pasando toda su vida encerrados con todas las potencias de su alma, abatidos y degradados, en el estrecho mundo de su especialidad científica, estado á que han venido después de haberse hecho á sí propios, para llegar á él, continuas y penosas violencias; pero el espíritu humano no renunciará jamás en su nobleza á remontar su vuelo de águila sobre las cimas del universo visible. A esas alturas se siente noblemente impelido. El conocimiento de las cosas en la parte que se deja ver de los sentidos, es y será siempre en todos los hombres un conocimiento esencialmente incompleto. Y precisamente en

los últimos decenios se ha mostrado este impulso entre los sabios investigadores de la naturaleza con tanta fuerza, que la misma ciencia que la da á conocer, ha venido á causar en el espíritu, naturalmente deseoso de saber, el efecto que causa en una persona sedienta el agua del mar salada.

15. No es posible otra cosa. Como aquel que ha sido adornado de ingenio poético es imposible que se detenga en deletrear y leer mecánicamente *Las campanas* de Schiller, así es imposible que el hombre simplemente dotado de razón se detenga en deletrear mecánicamente y contar y clasificar las partículas de los objetos sin pasar adelante. Las razones íntimas que por grados maravillosamente escalonados componen y forman y animan las partes en el todo, iluminan el espíritu humano á modo, no de pensamiento, sino de cosa pensada. Nos explicaremos. ¿Conoce por ventura el hombre alguna ley de la naturaleza por su parte exterior, esto es, conoce la uniformidad de la sucesión y la dependencia ordenada de diferentes fenómenos? pues he aquí que su naturaleza tiende á buscar la razón íntima de la conexión causal, el fundamento de la ley. El hombre se diferencia de los animales brutos, los cuales carecen de entendimiento; no aprehende meramente los fenómenos con los sentidos, sino conoce con aquella potencia superior en los fenómenos la expresión, por decirlo así, de cosas, de esencias; es natural su inclinación á ponerse ante los ojos la naturaleza más íntima y escondida, de la cual, como de fuente viva, se deducen los varios modos de fenómenos sellados con propios determinados caracteres. La ciencia de la naturaleza le ilustra en lo que toca á los determinados cambios y relaciones de los hechos entre sí, pero él averiguará al punto cuál sea la alteración íntima de las cosas en que consiste el fundamento de la mutación de los fenómenos. La ciencia de la naturaleza descompone ante sus ojos en sus factores elementales el efecto compuesto; y él, por su parte, pregunta: ¿de dónde se origina el concurso de estos factores? Esa ciencia le dice que el fenómeno *B* es efecto de la causa *A*; y él pregunta: ¿cómo ha sido medio el fenómeno *A* para el fin *B*? La ciencia le muestra los efectos según la cantidad, y él todo se lo explica por las partes; muéstrale asimismo que el orden del mundo resulta de la acción de cada una de las causas que obran en él, y toda mudanza acaecida en el mismo la atribuye á su causa próxima; mas él por su parte pregunta: "¿Cómo se explica la acción en razón de sus cualidades? ¿Por dónde se explica la proporción de las partes con el todo? ¿Cómo se explica que de la acción de trillones de seres incluidos resulte la unidad del conjunto? ¿De dónde nace el impulso que produce los grandes y armoniosos movimientos de los cuerpos celestes? ¿Cuál es el último fundamento interior de cada una

de las mudanzas que acaecen en la naturaleza? ¿De dónde viene el impulso que al oxígeno y al hidrógeno los junta y combina en el agua? ¿De qué manera se tornan los elementos en substancias que viven en los organismos vivientes? ¿De dónde el impulso que induce á la materia animada á organizarse en células y plantas y animales? El fundamento inmediato de la actividad y del orden está en las cosas mismas, orgánicas é inorgánicas, ó se identifica más bien con cada cosa particular; pero este fundamento no es *uno*, ni tampoco el *mismo*: antes es tan múltiple y vario como las cosas mismas que se nos presentan en tantos y tan diferentes fenómenos; ¡y no obstante este océano inmenso del mundo corpóreo no forma sino un solo todo indiviso! ¿Dónde está la fuerza primordial de donde todas las demás fuerzas toman su virtud? ¿Dónde la primera ley que en todas las cosas ha impreso como forma de su sér el modo conveniente de acción, harmónicamente dispuesto en correspondencia con las demás? ¿Dónde, en fin, el principio eterno é inmenso del cosmos?

Uno de nuestros más expertos naturalistas ha comparado el estudio de la naturaleza con una espaciosa pieza cuyas ventanas nos presentan una "vista", del lado allá de nuestras cuatro paredes, en la que se nos manifiestan el verdadero sér de la materia y las últimas razones de los fenómenos naturales<sup>1</sup>. Por nuestra parte, aceptamos la comparación. Mas cuando este mismo sabio añade: "Una vista *solo*, porque la ventana está cerrada, y nos impide ver la íntima conexión y armonía de las cosas.", nosotros, por nuestra parte, procedemos en este punto con reserva. Dámosle, sí, derecho para que á los materialistas y darwinistas los compare con los voladores insectos que, no contentos con el espacio del cuarto, forcejean en vano contra las cerradas ventanas hasta que se rompen la cabeza, y aun añadimos que además de esos abejorros hay también arañas que contentas en ese espacio, allá en algún rincón van hilando y sacando de sí el mundo mismo en que habitan. Mas en el hombre racional causa aquella vista tal encanto, que no parece sino que no ha de ver alguna vez la puerta mucho mayor de un jardín por la cual pueda pasar del lugar de la investigación de los hechos patentes á los sentidos, al vasto reino de la realidad suprasensible.

<sup>1</sup> WIGAND, *El Darwinismo* (en alemán), t. II, p. 251.

## §. VI

La contradicción del empirismo consigo mismo.

16. Si interrogamos sobre el particular á los partidarios del empirismo, nos dirán que del mundo de lo suprasensible, no sólo estamos separados por una ventana bien cerrada, sino que esta clase de ventanas además están cubiertas por medio de velos enteramente opacos. Cuando más, llega á nosotros algún rayo de incierto presentimiento. Sobre lo cual estos sabios no quieren por lo visto devanarse mucho los sesos; antes cada uno de ellos á su modo ha hecho con los deseos de su corazón una especie de tela á donde ha descendido como á su humilde habitación. O si queremos continuar la comparación de los mosquitos, como ellos zumban nuestros sabios acá y allá dentro de la pieza, no todos á la verdad de igual manera. Mientras que unos, con VIRCHOW, cual importunas moscas, se os ponen atrevidamente en la nariz, otros zumban con DU BOIS-REYMOND al modo de *moscardones*, su melancólico *ignoramus et ignorabimus*; y otros, además, cantan con Naegeli, cual festivo mosquito, su *allegro*: "Sabemos y sabremos." Sabios que, como WIGAND, están más cerca de la verdad, apenas se atreven á exigir, tratándose de lo que excede á lo suprasensible, algo más que una débil *verosimilitud*.

17. Y si al menos hubiesen utilizado estos sabios aquellas posiciones que son indispensablemente necesarias para conservar al estudio de la naturaleza su carácter científico, afirmándolo y manteniéndolo con vigor, ciertamente habrían tenido que confesar que nosotros, hombres gracias á las dotes puramente humanas que nos adornan, podemos ir más allá de los límites que circunscriben el mundo de los fenómenos. Observa con razón WIGAND, haber una "ley de la razón, que nos da un conocimiento independiente de la experiencia, á saber, el *principio de causa*: esta ley la conoceríamos aunque nunca la hubiésemos comprobado empíricamente, y la conoceríamos *à priori* con certeza apodictica, superior á la que procede de la experiencia." Pero todavía este apreciable sabio hubiera podido apoyarse en una razón más á la mano para convencer á los empiristas de la falsedad de su punto de partida. Los sabios en cosas naturales, hacen generalmente esta presuposición: que nuestras percepciones sensitivas nos dan un conocimiento real

<sup>1</sup> *Ibidem*, pág. 247.

de la naturaleza. Según esto, ¿cómo es que aspiran á exponer científicamente, valiéndose sólo de representaciones sensibles, la realidad de aquellos hechos de que trata la ciencia? De este conflicto sólo puede sacarse un pensamiento, no ciertamente kantiano, sino *escolástico*; un pensamiento, queremos decir, que no sea puramente ilusorio, es decir, que no consista, finalmente, en una disposición subjetiva del ánimo, sino que mirando á la realidad, la refleje fielmente. ¿Se fia el investigador natural únicamente de su propio pensamiento? Pues entonces no hay ciencia ni conocimiento alguno en que pueda confiar: disipándose la investigación, la ciencia desaparece.

¿Qué respondería el que niega la realidad del mundo suprasensible, ó por lo menos duda de ella, al que le preguntase si estaba cierto de la realidad del mundo sensible? Bastarle debiera alguna pequeña dosis de buen sentido y lealtad, para confesar que la evidencia nos obliga á reconocer fuera de nosotros un mundo sensible positivo, y á sostener una realidad que se impone á nuestros sentidos. Pues si no queremos fiarnos de la evidencia tratándose de las cosas suprasensibles, ¿por qué hemos de fiarnos de ella cuando nos pone delante como cosa real y existente el mundo de los sentidos? Siempre que se trata de la realidad de los objetos sensibles, invócase la conexión causal que existe entre los sentidos que poseemos, y las cosas externas que los impresionan; mas ¿quién les certifica del valor objetivo de esta conexión? "Si el pensamiento, según Kant, no ha de traspasar las fronteras de la sensibilidad," dice Hegel, "convendrá explicar ante todo, cómo puede descender el pensamiento al mundo de los sentidos."

De un conocimiento superior al de los sentidos, recibe, por consiguiente, el investigador de la naturaleza el órgano sin el cual no es concebible su propia ciencia. Débese, por lo mismo, tener y asegurar, que á la necesidad subjetiva de pensar según la propia naturaleza, y por consiguiente, sobre cada punto del pensamiento humano, corresponde un sér objetivo (trascendente); que donde quiera que tenemos que pensar alguna razón, esta razón existe fuera del pensamiento: de donde resulta, que así como podemos aprehender con nuestros sentidos la realidad de los fenómenos externos, así podemos con el pensamiento aprehender una realidad suprasensible (metafísica) independiente de nosotros mismos.

18. Por semejante modo conocemos nosotros el sér ó la cosa natural como principio de la extensión y del movimiento mecánicamente pasivo, y juntamente como principio de actividad determinada según la ley ó norma conveniente. Podemos conocer las diferentes impresiones que reciben los sentidos como efecto de las modificaciones que las cosas experimentan en sí mismas. En las

cosas distinguimos la substancia de la figura, del color, de la dureza, y en general, de todo aquello por medio de lo cual se representa á nuestros sentidos. De las cosas del mundo sensible podemos abstraer las relaciones suprasensibles, conocer *schemata* universales y absolutamente valederos, conforme á los cuales todo *está y debe* estar ordenado. Los sentidos no conocen sino lo que es puramente individual, y en las cosas individuales lo que se parece por de fuera; mas á nosotros nos es dado ir más allá que los sentidos, conociendo además la esencia de las cosas por medio de conceptos universales, y proposiciones cuyo valor siempre es el mismo en casos diferentes.

Y así como nos es dado aprehender con el pensamiento los principios íntimos de las cosas, así podemos también, guiados por el principio de causa, subir con plena confianza á sus razones supremas, de las cuales proceden en último término todos los seres y todo el orden del universo. Ahora, en un mundo en que toda cosa, en tanto se muda, en cuanto es mudada por otra, y donde por consiguiente, toda mudanza pasiva presupone con necesidad insuperable una mutación *activa* anterior, ya que no en razón de tiempo pero sí en razón de naturaleza, por fuerza hay que presuponer una cosa primordial que mude y obre causalmente sin ser ella mudada ni causada. Un mundo establecido conforme á la razón, sin que él mismo la posea, demuestra claramente la existencia de un sér adornado de altísima y suprema inteligencia. Este sér debe ser uno, pues uno es el orden en que un sinnúmero de seres separados y muy desemejantes, se ven reducidos á la unidad; debe ser esencialmente diferente del mundo, porque ¿cómo podría de otro modo este mundo, en sí mismo tan vario, cuyas partes, como seres que son subsistentes, "luchan entre sí por la existencia," cómo podría, tratándose de un mundo, aunque perfecto por lo general, pero al mismo tiempo tan limitado en su perfección, donde se mezclan con todos los placeres tanta desdicha, tanta flaqueza, tantas lágrimas; cómo podría, repetimos, ser este mundo la esencia primera, que es con eminencia todo lo que es, que es por sí misma, y por consiguiente infinitamente perfecta? Este principio supremo de todas las cosas no es ciertamente problemático, no, sino es una *realidad conocida*; realidad, decimos, no observada con los ojos, ni tocada con las manos, sino conocida con entera firmeza por la razón. Si fuera *esta* realidad problemática, problemático sería también el principio de causa; fallaría este principio, sin el cual no se da la ciencia de la naturaleza, ni ciencia alguna puede existir, ni es concebible tendencia alguna digna del hombre. Todo sería entonces problemático: colores, extensión, choque, movimiento; todo lo que los ojos ven y las manos tocan, sería problemático en alto grado: problemático

é imposible el conocimiento de los sentidos, y más que ninguna otra cosa, problemáticos nosotros mismos.

Pero basta: con pocas indicaciones hemos de contentarnos aquí, aunque ellas bastan para afirmar, que si por parte de la ciencia de la naturaleza se sostiene que percibimos los fenómenos con nuestros sentidos, y que este conocimiento conduce al de las leyes de la naturaleza, que tienen valor real y universal fuera de nosotros, todavía se debe deducir con más rigor la aptitud del espíritu humano para penetrar, salvando el mundo de los fenómenos, en el reino de las esencias.

### §. V

#### Argumentos del empirismo.

19. Si interrogamos á los partidarios del empirismo que todavía no han perdido el seso sobre la razón precisa de los límites que asignan á la ciencia de la naturaleza, oiremos ciertamente de sus labios muy lindas palabras, pero no razones que penetren y convengan el entendimiento. Es sabido de los que conocen á fondo la novísima bibliografía científica, que desde que Bois-du-Reymond y De Naegeli trataron algunos años atrás el tema que nos ocupa, no sin excitar vivamente la atención pública, ningún trabajo notable se ha producido acerca de él. Tenemos pues que atendernos á lo que traen en pro del empirismo dichos dos profesores, como portaestandartes del mismo.

El profesor Bois-du-Reymond <sup>1</sup> se propuso asignar los límites del conocimiento de la naturaleza al tratar detenidamente estos tres puntos: 1.º Este conocimiento es la repetición en sentido inverso del proceso natural correspondiente á la mecánica del átomo indivisible. 2.º Pero realmente no hay átomo ninguno, ni por consiguiente conocimiento alguno positivo. 3.º Si el mundo, no obstante, pudiera ser conocido según la mecánica del átomo, todavía no podríamos tener conciencia y sentimiento de conocerlo por este medio.

¿Se nos querrá ahora decir si podemos llegar á conocer por este camino los límites del conocimiento de la naturaleza? Aunque esos tres puntos fueran en toda su extensión verdaderos, toda-

<sup>1</sup> Cuando este profesor escribió en 1848 el prólogo de sus *Investigaciones sobre la electricidad animal*, rindió homenaje al materialismo más radical. La mecánica analítica, decía, llegó hasta el problema de la libertad personal. Después llegó para él una hora feliz. En Enero de 1872 proclamó en su discurso, que después se hizo célebre, sobre los límites del conocimiento natural, en su *Ignorabilimus*, la filosofía de la abstinencia, ó sea el empirismo. Según resulta del discurso que pronunció el 8 de Julio de 1880 en la Academia de Berlín sobre los siete enigmas del mundo, Du-Bois ha permanecido fiel á la filosofía del *Ignorabilimus*.

vía la consecuencia de ellos no serían, dice equivocadamente Naegeli, los límites de la naturaleza, sino la negación ó la imposibilidad del conocimiento de ella.

20. No hemos de negar que en cada uno de esos tres puntos, singularmente en el último, sobrenada un cierto fragmento de verdad, de lo cual ciertamente no nos pesa. Respecto al punto que debe probarse, son aquellos tales, que no hay modo para la crítica de considerarlos sin que se conviertan en humo. Aquí podemos también apoyarnos en Naegeli, el cual aunque conforme con el profesor de Berlín en su adhesión al empirismo, difiere de él cuando trata de justificarlo.

¿Por qué razón, decimos nosotros, hemos de reducirlo todo al átomo? Si es justo que nuestros sabios naturalistas, cuando miden y calculan las cosas, ó en sí mismas consideradas, ó en relación con otras, sean matemáticos y hayan de suponer *unidades*, también es razón negar que sea necesario dar principio al estudio de las ciencias naturales con cosas menudísimas, hipotéticas y desconocidas. La ciencia de la naturaleza, dice Naegeli, comienza donde quiera que la materia se ha constituido en unidades del mismo orden, las cuales pueden ser comparadas entre sí, y medidas unas en pos de otras, allí donde tales unidades se juntan para componer otras unidades de orden superior, y dan la medida para la comparación de unas con otras y consigo mismas. La ciencia de la naturaleza (en el sentido antes definido), puede comenzar en cada grado de la organización ó justa posición de la materia: en el átomo de los elementos químicos, que forman las químicas combinaciones; en la molécula de las combinaciones, que constituye los cristales; en el Micélo cristalizado, que forma las células y sus partes; en la célula, que forma el organismo; en el organismo ó individuo, que viene á formar el elemento de la especie.

Excelente observación. A no estar asimismo preso en las redes del empirismo, como Du-Bois Reymond, el docto profesor de Munich hubiera podido enseñar á su colega de Berlín, que la ciencia de la naturaleza no está sólo en medir y calcular diferencias de cantidad, sino además debe demostrar todo lo que al fenómeno le da algún valor y sentido en la conservación del universo bajo el aspecto teleológico; y que todavía profundiza más el conocimiento científico de la naturaleza, pues guiado de los principios de la razón, investiga y conoce los fundamentos que supone todo fenómeno, ora estén en las cosas mismas, ora hayan existido y existan antes que ellas.

Cuanto al segundo punto del profesor de Berlín, basta advertir que el átomo del atomismo, que explica con él el mundo, podrá ser una privación ó no ser, pero no el *minimum elementare*, rela-



tivamente indiscutible, del cual se sirven la física y la química en sus investigaciones, cálculos y exposiciones. Sobre este punto hemos de hablar después despacio en ocasión conveniente. El mismo Bois-Reymond, cuando desespera, y con razón, de explicar los fenómenos del alma (psychicos) por medio de la mecánica, traza los límites á donde la Mecánica llega, más no aquellos otros á donde llega la ciencia de la naturaleza.

En otra ocasión presentó el profesor de Berlín el propio punto de vista, hablando de los *siete* misterios de la naturaleza. Estos misterios, son: 1.º La materia y la fuerza. 2.º El origen del movimiento. 3.º El principio de la vida. 4.º La ordenación teleológica de la naturaleza. 5.º El origen de las más sencillas afecciones de los sentidos. 6.º El acto de conocer, propio de la razón. 7.º La libertad de la voluntad. Razón le asiste ciertamente al caballero Bois-Reymond para asegurar que estos siete puntos no es posible sacarlos ni derivarlos de razones mecánicas. Pero, ¿qué se infiere de aquí? Inférese solamente, que la solución de tales misterios no se ha de buscar en la reducida esfera de la Mecánica. Esos siete hechos son, sin embargo, innegables: luego del lado allá de la Mecánica hay un conocimiento hypermecánico, donde está la razón de tales hechos. Podrá, si de ello gusta el investigador naturalista, excusarse de inquirir la noticia de esta superior esfera; mas como hombre pensador no podrá ciertamente negarse á admitir como cosa positiva, que trasciende y sobrepuja los sentidos, aquellas razones ó fundamentos que á esos siete hechos corresponden. El ser inaccesible esa llamada constelación de las siete estrellas á la jurisdicción de la Mecánica, obliga, por consiguiente, á reconocer en las causas y razones de ella un carácter verdaderamente hypermecánico.

¶ 1. Hasta aquí sobre la idea de Bois-Reymond. Este famoso sabio no ha dejado, sin embargo, de indicar las últimas razones de la reserva que guarda su ciencia empírica, las cuales se reducen á la siguiente proposición: "Al espíritu humano no le es dado susstraerse en estas cosas (fuerza, materia, etc.) á una *contradicción* suprema: preferimos, por consiguiente, á dar vueltas en un círculo de especulaciones estériles, ó á cortar los nudos con la espada de la intuición de nosotros mismos, atenernos á considerar las cosas como son en sí."

¡Siempre la contradicción! Tal es el desesperado grito con que casi todos los sabios de este jaez corren despavoridos cuando se les ofrece alguna cosa que supera la percepción de los sentidos, para mantenerse bajo las banderas del simple fenómeno, como nobles caballos que se han acobardado hasta el punto de asombrarse de vanos fantasmas. Si así fuera, deberían considerarse

obligados á parar el discurso y meditar. Acaso en recobrando la calma de la reflexión, verían que las supuestas "contradicciones," son vanos y oscuros espantajos, y que en la razón no se nos ha dado por compañera una necia que sólo sabe decir dislates, sino un discreto guía que nos acompaña al través de esta oscura noche terrenal. Si nos fuera dado hacer accesibles á estos sabios los avisos que nos dió la filosofía antigua, obra ésta intelectual de tantos siglos, para la inteligencia de la naturaleza, es seguro que no serían osados á hablar de "contradicciones," sino poseídos de voluntaria ceguera.

¶ 2. Otros sabios hay entre los que se han rendido al empirismo, que invocan, no ya tales imaginarias contradicciones del espíritu humano, sino la *obscuridad* en que suponen sumergidos todos nuestros conocimientos. "Únicamente podemos conocer, dice Naegeli, aquello de que nos informan los sentidos, y esto limitado por el espacio y el tiempo á una esfera *exigua*, y á causa de la deficiente constitución de los órganos de los sentidos, limitado también á *una sola parte* de los fenómenos que se dan en esa esfera." Sin duda alguna este sabio ha señalado muy bien con estas palabras el *punto de partida* de nuestros conocimientos; pero luego añade: "De aquello acerca de lo cual recibimos generalmente noticia, *sólo* podemos conocer lo finito, lo mudable, lo transitorio, sólo lo gradualmente diverso y relativo, porque sólo aplicamos conceptos matemáticos á las cosas naturales, y á estas últimas únicamente las podemos juzgar según la medida que les pertenece... Sabemos con exactitud qué sea una hora, qué un metro, qué un kilogramo; pero *no sabemos qué es el tiempo, qué el espacio, qué la fuerza y la materia, el movimiento y el reposo, la causa y el efecto.*"

¡Vaya una modestia singular! ¡Con que porque no podemos representarnos claramente en la fantasía la fuerza y la energía, porque todavía se nota más ó menos obscuridad en los conceptos de materia y tiempo, y espacio y movimiento, ya no sabemos nada absolutamente acerca de ellos! Contra semejante conclusión basta observar, que no hay ninguna persona que no pueda expresar con definiciones y descripciones lo que todos entienden bajo esos nombres. Si los partidarios del empirismo considerasen con alguna poca atención la modestia en que se ocultan, echarían, sin duda, de ver que, arrebatados precipitadamente, se han echado sobre sus espaldas el viejo manto de aquellos insensatos excépticos que, por no haber podido saberlo todo, acabaron por no querer saber absolutamente nada.

## S VI

Fundamentos principales del empirismo, y juicio crítico acerca de ellos.

23. ¿Cuáles son los principios en que funda el empirismo la reserva y timidez que manifiesta en orden á las cosas supra-sensibles? Para responder á esta pregunta, ayuda principalmente entender que el defecto capital de la idea absolutamente empírica acerca del mundo, radica en la teoría que profesan en orden al conocimiento; la cual, como hemos visto, procede á su vez de pensar que todos nuestros conocimientos son *exclusivamente sensitivos*, y, por consiguiente, de la misma especie que los de los brutos animales. Esta no es, cierto, invención nuestra; pues la idea puramente sensualista sobre la facultad de conocer, no es simplemente un error deslizado ó sostenido furtivamente por éste ó aquel empirista de segunda ó tercera clase, sino abiertamente proclamado por los que llevan la voz y dirección de la escuela.

“Es un hecho indudable, dice el profesor NÆGELI, que cualquiera que sea la constitución de nuestra facultad de conocer, el caso es que el conocimiento de la naturaleza nos viene únicamente de los sentidos. Si no pudiéramos ver y oír, oler, gustar y tocar, no sabríamos que hay cosa alguna fuera de nosotros, ni que nosotros mismos somos corpóreos. Se pregunta: ¿cuál es la extensión y cuál la intensidad con que los sentidos nos informan de los fenómenos de la naturaleza?. Con respecto á la extensión, el profesor de Munich recuerda los límites del tiempo y del espacio en que se verifican los actos de la percepción. Por medio de *deducciones* llegamos, dice también NÆGELI, desde la limitada esfera de los hechos sensibles al conocimiento de otros hechos inaccesibles á los sentidos; pero, “á la manera que la acción de una fuerza física decrece con la distancia, así se disminuye también la posibilidad del conocimiento á medida que crece la distancia del tiempo y del espacio. Acerca de la disposición y composición, y sobre la historia de una estrella de última magnitud, sobre la vida orgánica en sus últimos elementos... *nunca* sabréis absolutamente nada. De igual manera decrece la posibilidad de conocer una fuerza todavía desconocida, ó la forma del movimiento de la *más pequeña* molécula, cuanto menos poder tiene esta molécula para entrar en composición á fin de ejecutar una gran acción total. En este punto toda nuestra dicha puede llegar á presentir lo que no se conoce.. Respecto de la intensidad, el mismo autor advierte que aunque cada cosa—el cristal, la planta, el animal, el hombre—recibe la

acción de todas las partículas existentes; pero estas impresiones en el hombre son tan débiles, que, á pesar de ser en infinito número, pueden llegar á ser enteramente inadvertidas. Observa asimismo, que así en los hombres como en los animales más perfectos, sólo un número muy limitado de partes están organizadas para servir de instrumento á los sentidos. El organismo humano y el animal sólo ha destinado órganos con relación á aquellas acciones exteriores que modifican la existencia del sujeto individual de un modo conveniente ó dañoso. De donde saca la conclusión siguiente: “La limitada capacidad del yo nos permite únicamente cierto conocimiento externo por partes ó fragmentos del universo..”

De todo lo cual, el mencionado naturalista deduce la tesis arriba enunciada: “*Todo aquello podemos conocer de que nos informan los sentidos..*”

En cierto sentido, no es difícil echar á buena parte lo que dice el profesor de Munich. Cuando NÆGELI, y en general todos los empiristas de nota, se nos vienen con la declaración, que el reino y jurisdicción de estos sentidos son muy limitados, y cuando afirman que no podemos fiarnos enteramente de ellos, cual si nuestras percepciones sensitivas nos informasen de todo, lo que acontece en el universo, nosotros asentimos sin vacilar. Registramos la confesión que el reino de un orden de conocimientos puede ser encerrado en límites muy estrechos, sin que por esto el conocimiento de que se trata haya de verse relegado á la región de lo imposible.

Demás de esto, en las palabras de NÆGELI está muy expresada esta verdad: que, en general, todos los conocimientos humanos se originan de los sentidos. Al empirismo no tenemos reparo en reconocerle el mérito de haber contribuido á restablecer esta verdad contra los estupendos extravíos de la escuela kantiana. Esta escuela concibió desde luego cierto soberano y gratuito menosprecio de las ciencias fundadas en la observación, y prometió sacar la naturaleza y el orden del universo del seno mismo del espíritu, por medio de un desarrollo dialéctico immanente. Pero, gracias también á la bancarrota que ha sufrido con inmensa pérdida de fuerza intelectual, esa misma especulación ha puesto fuera de duda, que el espíritu humano no posee la intuición inmediata y suprasensible de la realidad. Hoy confiesan generalmente todos los filósofos alemanes, que así como toda nuestra ciencia la obtenemos con la observación, encadenamiento y disposición de lo que es dado en nuestra experiencia externa é interna, así también nuestra ciencia filosófica procede únicamente de este origen<sup>1</sup>. Así ha sido resti-

<sup>1</sup> Son palabras de EN. ZILLER, las cuales se leen en su escrito: *Sobre el objeto de la Filosofía y el lugar que ocupa entre las demás ciencias* (en alemán).—Heidelberg, 1868.

tuído su derecho al antiguo principio formulado por SANTO TOMÁS DE AQUINO: *Intellectus humanus in principio est sicut tabula rasa, in qua nihil est scriptum*<sup>1</sup>; y á aquel concepto peripatético según el cual la experiencia y la observación externa no dan las causas, sino la *materia* que exigen necesariamente las causas<sup>2</sup>. Una simple mirada á la experiencia universal de los hombres hubiera debido bastar á aquellos modernos filósofos para guardarse de volver la espalda á la sabia antigüedad cristiana. Fijándonos tan sólo en alguna razón acerca de este punto, sabido es de todos, que cuando alguno carece de algún sentido, no forma concepto, por grande que sea su potencia intelectual, de lo que es ordinariamente percibido por medio de él. Es asimismo un hecho indisputable, que siempre que queremos entender bien alguna cosa, involuntariamente nos formamos la representación sensible de ella, en la cual la contemplamos como en un símil. Solamente bajo la envoltura de los fenómenos que la sensibilidad representa, penetra nuestro espíritu la esencia de la cosa, y en ella la ley según la cual es determinado el sér de todas las cosas de la misma especie. El uso mismo de la ciencia ya adquirida depende de la intrínseca actividad sensitiva. Cuando por efecto de la lesión del órgano del sentido interno es impedida la acción de la fantasía y de la memoria sensitiva, el hombre deja también de servirse de los conceptos ya adquiridos por medio de la razón. Gracias pues al maravilloso progreso de las ciencias físicas, aquel error antiescolástico de la moderna filosofía ha podido ser visible y notablemente derrotado.

No puede haber, por consiguiente, duda sino que con harta razón sostiene el moderno empirismo contra la moderna especulación, que en el curso ordinario de las cosas no hay ningún conocimiento humano sin previa experiencia sensitiva, ó como decían los antiguos con Aristóteles: *Nihil est in intellectu, quod non prius fuerit in sensu*. Hasta aquí los filósofos de la antigüedad católica y los naturalistas empíricos de seso están enteramente conformes.

21. Pero ahora viene el *peccatum grande* de la ciencia empi-

<sup>1</sup> *Summ. Theol.* I, q. 79, a. 2.

<sup>2</sup> Sobre lo cual dice Santo Tomás: *Non potest dici quod sensibilis cognitio sit totalis et perfecta causa intellectualis cognitionis, sed magis et quodammodo materia causae*. I q. 84, a. 6. En el artículo 8.º dice el santo Doctor: *Non potest esse perfectum iudicium scientiae naturalis de rebus naturalibus, si sensibilia ignorantur*. El PAPA LEÓN XIII enseña esta verdad cuando en su célebre Enciclica de Agosto de 1879 dice: *Quum scholastici Sanctorum Patrum sententiam secuti, in anthropologia passim tradiderint, humanam intelligentiam non nisi ex rebus sensibilibus ad noscendas res corporeas materiaeque carentes evelli, sponte sua intellexerunt, nihil esse philosopho utilius, quam naturale aequa diligenter investigare, et in rerum physicarum studio diu multumque versari*.

rista, su error fundamental, secundo en consecuencias las más funestas. A este error le presta el mismo NÆGELI su propia expresión, diciendo que *el reino de los conocimientos humanos no va generalmente más allá del reino de las percepciones sensitivas*. En lo cual es, sin disputa, NÆGELI fiel intérprete de todo el empirismo.

No seremos injustos con este sabio, siendo así que él todavía enseña que nuestro conocimiento de la naturaleza no se cife á los hechos que son en sí objeto de nuestras representaciones sensibles, pues por medio de *conclusiones* podemos también conocer cosas que no perciben los sentidos. Así vienen á confesarlo los partidarios del empirismo. Conviene, sin embargo, fijarse bien en lo que tales expresiones significan en labios de este profesor. Sobre este punto, el mismo NÆGELI nos presenta la deseada explicación. Hé aquí sus palabras: "El planeta más distante de nuestro sistema solar, Neptuno, fué conocido por el cálculo: fué conocida su situación, conocida su mole y conocido también su peso, y todo esto antes que los astrónomos lo descubriesen con el telescopio. Sabemos también, aunque el telescopio mejor no nos lo diga, que el agua consta de las más pequeñas partículas ó moléculas que están en movimiento; y si el agua es salada ó azucarada, conocemos exactamente la proporción en que se hallan respectivamente las partículas de agua, azúcar y sal, en orden al número y peso de las mismas... A esto llama NÆGELI "*conquistar sucesivamente con el entendimiento el mundo de la naturaleza*..."

De este modo pretende sin rebozo el empirista penetrar con el entendimiento y la reflexión en el reino de la naturaleza; mas ¿para qué? Sólo para pasar de fenómenos observados á fenómenos no observados. Pretende subir con el pensamiento de los fenómenos ya conocidos; mas sólo para poner los piés, semejante á las aves de corral, en otros fenómenos más extensos. No se entregará nunca confiado á la fuerza sublime del espíritu para subir, á la manera del águila, por las regiones de lo suprasensible; su valor no llega tampoco al grado de descender, como el minero, á profundos abismos. Sólo aspira á conocer "fenómenos"; ¿y sabeis qué entiende por fenómeno? NÆGELI nos lo dice: "*Conocemos un fenómeno cuando podemos contarle, medirlo y pesarlo*". Poseemos una idea clara del *grandor* del hongo más microscópico, con el cual, para llenar lo largo de un metro, tenemos que poner de dos á tres millones; de la magnitud del elefante, de la tierra, de nuestro sistema solar, cuyo radio sube á unos 622 millones de millas geográficas. Tenemos una representación ó concepto claro del tiempo en que el rayo de luz transmite á nuestros ojos lo que está escrito en el libro que leemos, tiempo que viene á ser una parte